PRIAPEIA

sive diversorum poetarum in priapus lusus

De Diversos Poetas a Príapo en Clave de Humor

Traducción Hernán Rossi

Prefacio

Dado que la mayoría de las personas aman y recomiendan los libros de aquellos autores clásicos que han editado con gran dedicación, día y noche, como los padres más indulgentes aman a sus hijos, parece que lo hacen con cierto derecho, ya que pueden ser considerados como padres, no por haberlos engendrado, sino por haberlos adoptado. Pero yo, en el caso de esta obra, renuncio completamente a ese derecho, ya que no deseo ser ni el padre ni el adoptador de los Priapeia, cuyos chistes vulgares son completamente contrarios a mis costumbres. No puedo convencerme a mí mismo de recomendar esos poemas cuyo tema no enseña más que la depravación de aquella época, y en los que ni siquiera se encuentra un epigrama perfecto en todos sus aspectos; pues su agudeza a veces se basa únicamente en la ambigüedad y en el juego de palabras, y en la lectura de los cuales, un hombre serio y honesto no encontraría nada que lo retuviera, excepto la facilidad y simplicidad del lenguaje, a partir del cual se puede deducir el ingenio de los poetas que improvisaban. Por lo tanto, dado que la lógica comercial del librero requería que los Priapeia, que se adjuntaron a la edición anterior de Petronio, también se añadieran a esta como un tipo de apéndice, asumí la tarea de editarlos con el mismo ánimo con el que los médicos más honorables tratan la enfermedad de los pacientes cuyos comportamientos detestan.

Al Lector

Lector, que lees los versos procaces de un poema indecente, deja a un lado tu ceño romano. Aquí no habita la hermana de Febo, ni Vesta en su capilla, ni la diosa nacida de la cabeza de su padre. Sino el rojo guardián de los jardines, más membrudo de lo debido, que tiene su ingle cubierta por ninguna prenda. Así que o bien extiende la túnica sobre la parte que debe ser cubierta, o lee estos versos con los mismos ojos con los que los miras. Este epigrama, como una especie de prefacio, fue añadido por el recopilador de estos poemas; sobre el cual hay menos certeza que sobre los autores de los mismos; pues así como algunos se los atribuyen a Virgilio, otros, como Josephus Scaliger, los reivindican correctamente para Catulo, Tibulo, Ovidio, Marcial y Petronio.

POEMA I

A PRIAPO

Jugando escribí estos versos, eres tú testigo, Priapo, dignos del huerto, no de la librería, escritos sin demasiado esfuerzo. Pero no llamé a las Musas, como suelen hacer los poetas, a este lugar no virginal. Pues me habría faltado sensatez y corazón, si me hubiera atrevido traer a las castas hermanas, al coro de las Piérides, al falo de Priapo. Así pues, lo que sea que, ocioso, marqué en las paredes de tu templo, te ruego no lo tomes a mal.

POEMA II

DE OVIDIO - PRIAPO

Podría decírtelo con rodeos:

“Dame eso que puedes dar una y otra vez sin agotarse”;

“Dame eso que tal vez desearás inútilmente dar cuando una barba desagradable pueble tus mejillas”;

“Dame lo que a Júpiter dio Ganímedes, quien, arrebatado por el águila sagrada, ahora escancia agradable néctar a su amante”;

“Dame lo que la recién casada ofrece a su marido la primera noche, para evitar que se le desgarre la otra parte”.

Pero más sencillo será decírtelo claramente:

“Deja que te dé por culo”

¡Qué voy a hacerle! Minerva no me hizo sutil.

POEMA III

A PRIAPO

Lálage, trayendo tablillas obscenas de los libros de Elefántide, las da como ofrenda al dios empalmado, y le ruega que pruebe si puede reproducir la obra guiándose por las figuras.

POEMA IV

SOBRE PRIAPO

La ley que se dice Priapo mencionó a un muchacho, está escrita aquí abajo en dos versos: "Lo que tiene mi huerto, puedes tomarlo impunemente; Si me das lo que tiene tu huerto."

POEMA V

PRIAPO

Aunque soy, como ves, un Priapo de madera, Y de madera la hoz, y de madera el pene: Te cogeré sin embargo, y te tendré cogida: Y todo esto sin engaño, por grande que sea, más tenso que tormento y cítara, Te lo hundiré hasta la séptima costilla.

POEMA VI

PRIAPO

Cuando hablo, peco por un solo lado: pues siempre te sodomizo; y balbuceante es mi lengua.

POEMA VII

PRIAPO

Alejaos de aquí, castas matronas: Es vergonzoso que leáis palabras impúdicas. Se acercan escondidas, y se van derechas; Sin duda son sabias las matronas, y ven con gusto también el gran falo.

POEMA VIII

PRIAPO

¿Preguntas por qué mi parte obscena está sin vestidura? Pregunto: ¿por qué ningún dios cubre sus insignias? El dueño del mundo tiene el rayo; lo porta abiertamente: Ni se da cubierto el tridente al dios del mar. Ni Marte oculta la espada por la que vale: Ni se esconde en el tibio seno la lanza de Palas. ¿Acaso se avergüenza Febo de portar doradas saetas? ¿Suele Diana llevar oculta su aljaba? ¿Cubre Alcides la madera nudosa de su clava? ¿Tiene el dios alado la vara bajo la túnica? ¿Quién vio a Baco tender vestido ante el grácil tirso? ¿Quién te vio con la antorcha oculta, Amor? No sea crimen para mí que el falo esté siempre al descubierto: Si me falta esta arma, estaré indefenso.

POEMA IX

PRIAPO

¿Por qué ríes, muchachita insulsa? No me hizo Praxíteles ni Escopas; Ni fui pulido por mano de Fidias; Sino que un villano desbastó madera tosca; Y me dijo: "¡Tú sé Priapo!" Me miras

sin embargo, y sigues riendo. Sin duda te parece falso que se levante una columna en mi entrepierna.

POEMA X

PRIAPO

No me toques, cuidado: al que toque no dañaré con garrote: Ni daré crueles heridas con la curva hoz. Traspasado con una vara de un pie de largo, así te estiraré, y olvidarás que tu culo tenía arrugas.

POEMA XI

PRIAPO

Cierta anciana, más vieja que la madre de Héctor, hermana, creo, de la Sibila de Cumas, contemporánea tuya, a quien Teseo al volver a casa Encontró yaciendo en la pira. Suele venir aquí con paso inseguro: Y alzando al cielo las rugosas manos, pide que no le falte el falo. También ayer, mientras rezaba, escupió uno de sus tres dientes. "Vete lejos", le digo, "y ordena que tema el bosque, hendido bajo la túnica y el rojo manto, como siempre suele, el que se abre con tan indecente abertura, enjuto con la barba que sobresale de la nariz, que creerías que Epicuro bosteza."

POEMA XII

PRIAPO

Sodomizaré al muchacho, advierto; fornicaré a la muchacha: Al ladrón barbado le espera un tercer castigo.

POEMA XIII

PRIAPO

¡Ven acá, quienquiera que seas, no pienses que es grave desviarte al santuario del dios lascivo! Y si estuviste con una muchacha anoche, no temas acercarte: Esa pureza se da a los severos Celestiales. Nosotros somos libertinos, y pequeñas divinidades campesinas: nosotros, expulsado el pudor, estamos bajo Júpiter, con los testículos al aire. Por tanto, cualquiera que sea, podrá entrar aquí, aún manchado del negro hollín del lupanar.

POEMA XIV

PRIAPO

Quienquiera que traiga manos ladronas a mi pequeño campo encomendado: Ese sentirá que no soy eunuco. Aquí entre los arbustos en lugar apartado, quizá se diga esto a sí mismo: "Nadie sabrá que fui sodomizado"; pero se equivoca: Con grandes testigos se tratará ese asunto.

POEMA XV

A PRIAPO

Como las manzanas con que Hipómenes cogió a la Esqueneide, Como las que tenía el noble huerto de las Hespérides: Como es creíble que, paseando por el campo paterno, Nausícaa llevase a menudo en el seno lleno: Como fue la manzana que la carta pintó a Aconcio, Leída la cual, la muchacha se entregó al esposo deseoso, Tales, cualesquiera que sean, el muchacho dueño del florido huerto puso en tu mesa, un desnudo Priapo.

POEMA XVI

PRIAPO

¿Qué tienes en mi contra, molesto vigilante? ¿Por qué impides que venga a mí el ladrón? Déjalo que se acerque: se irá más relajado.

POEMA XVII

PRIAPO

Esta es la máxima comodidad en mi pene, Que ninguna mujer puede ser laxa para mí.

POEMA XVIII

PRIAPO

¿Cuándo te costará Teletusa, la bailarina callejera, que mueve las nalgas más hábilmente y más alto, sin túnica que las cubra, con el lomo ondulante? Que no sólo a ella, Priapo, puedas mover, sino también al hijastro de Fedra.

POEMA XIX

PRIAPO

Los rayos están bajo Júpiter: el tridente es arma de Neptuno: Marte es poderoso por la espada: la lanza es tuya, Minerva. Líber combate batallas con sutiles tirsos: Se dice que la saeta es disparada por mano de Apolo. La invicta diestra de Hércules está armada con la clava: Pero a mí lo que me hace terrible es el falo erecto.

POEMA XX

A PRIAPO

Se me acabó la abundancia: tú ayúdame, encomendado. Y no me traiciones, Priapo, con tu testimonio: Estas frutas del campo que te puse, no digas a nadie que son de la Vía Sacra.

POEMA XXI

PRIAPO

Si una mujer me roba, o un hombre o un muchacho: Esta dará el sexo, este la boca, aquel las nalgas.

POEMA XXII

PRIAPO

Cualquiera que aquí arranque violetas o rosas, O robe verduras furtivamente, o frutas sin comprar, Penetrado sea muchacho o mujer: Que reviente, ruego, hasta el fondo, por esta erección que veis en mí, Y que mi miembro le golpee por dentro hasta el ombligo.

POEMA XXIII

PRIAPO

Aquí el administrador me ha encomendado como guardián de un huerto fértil, ordenándome cuidar este lugar. Ladrón, tendrás tu castigo: aunque te indignes, lo soportarás. "¿Por unas verduras", dirás, "A mi esto por unas verduras?"

POEMA XXIV

PRIAPO

Este cetro, que como está cortado de un árbol, ya no podrá reverdecer con ninguna fronda: Cetro que buscan las muchachas aficionadas al sexo solitario, Que algunos reyes desearían tener: Al que dan besos los nobles voluptuosos: Entrará en las entrañas del ladrón hasta el fondo y hasta los huevos.

POEMA XXV

PRIAPO

¡Vamos! (pues ¿cuál será el límite, ciudadanos?) O cortad mi miembro viril, que todas las noches me fatigan las vecinas, excitándose sin cesar, más lascivas que prostitutas primaverales: O reventará, y no tendréis a Priapo. ¿Veis vosotros mismos? ¡Cuán agotado estoy, consumido, demacrado y pálido, Yo que antes solía ser rojo y vigoroso para golpear ladrones, por fuertes que fueran! Me falta la fuerza: y miserable escupo saliva peligrosa con tos.

POEMA XXVI

A PRIAPO

Quintia, delicia del pueblo, muy conocida en el gran circo, Experta en mover las nalgas vibrantes, Los címbalos con crótalos, armas de lujuria, a Priapo Ofrece, y los tambores tensados con hábil mano. A cambio de lo cual, para que

siempre agrade a los espectadores, ruega: Que su multitud de amantes sea ardiente a ejemplo del dios.

POEMA XXVII

PRIAPO

Tú, que no reflexionas bien, y difícilmente te abstienes de robar de mi huerto, Serás sodomizado con un falo de un pie de largo. Y si tan grave y molesto castigo no tiene efecto: tocaré partes más altas.

POEMA XXVIII

A PRIAPO

¡Que muera, Priapo, si no me da vergüenza usar palabras obscenas e impúdicas! Pero cuando tú, depuesto el pudor, oh dios, me muestras los testículos abiertos: Cuando el miembro debe ser llamado por mí con Su nombre.

POEMA XXIX

A PRIAPO

Amenazante con la hoz y con tu parte mayor, Priapo, te ruego, dime, ¿cuál es el camino hacia la fuente?

POEMA XXX

PRIAPO respuesta

Ve por estas vides, pero si arrancas las uvas, las aguas que de otro modo beberías, visitante, las tendrás por atrás.

POEMA XXXI

PRIAPO

Mientras no me robes nada con mano atrevida, lícito será que seas más púdica que la misma Vesta. Pero si no: estas armas de mi entrepierna te aflojarán, hasta que puedas salir por tu propio culo.

POEMA XXXII

PRIAPO

Una muchacha más seca que uvas pasas, Más pálida que el boj y que la cera nueva, que comparadas consigo y con sus miembros hizo parecer nutridas a las hormigas: Cuyos órganos internos no abiertos podría ver a través de la piel un arúspice toscano. Que carece de jugo, como piedra pómez, nadie la vio escupir: A quien en lugar de sangre, creen los médicos que tiene polvo y serrín en las venas: Suele venir a mí de noche, y trae palidez y flaqueza espectral. Parezco un forjador de hierro isleño que frota el cuerno de una linterna.

POEMA XXXIII

PRIAPO

Los antiguos Priapos tuvieron Náyades y Dríades: Y había donde la vena hinchada del dios entrara. Ahora no hay absolutamente nada: tan llena está mi libido, que creo que todas las ninfas han perecido. Ciertamente es vergonzoso confesarlo: pero para no reventar de excitación, puesta la hoz en la otra mano, la mano se hará amiga.

POEMA XXXIV

A PRIAPO

Cuando se hacía el sacrificio al dios lascivo, Fue contratada por pequeño precio una muchacha, Que habría de ser común a todos. Ella, cuantos hombres agotó en una noche, Tantos falos de sauce te dedica.

POEMA XXXV

PRIAPO

Serás sodomizado, ladrón, una vez: pero si fueres sorprendido dos veces, te haré felarme. Y si intentares un tercer robo: Para que sufras tanto este castigo como aquel, Serás sodomizado y se te hará felar.

POEMA XXXVI

PRIAPO

Todos conocemos las formas características del cuerpo: Febo de hermosos cabellos; Hércules, de fuertes brazos: Baco presenta tierna forma virginal: Minerva tiene ojos grises: Venus cabellos dorados. Ves a los Faunos de Arcadia de frente sangrienta. El mensajero de los dioses tiene pies elegantes: El protector de Lemnos cojea con pasos desiguales: Esculapio tiene siempre barba sin cortar: Nadie es más fiero que el feroz Marte. Y si entre estos queda algún lugar para mí, ¡No hay dios más dotado que Priapo, con su miembro erguido!.

POEMA XXXVII

CUMPLIMIENTO DE VOTO

¿Preguntáis por qué está pintado en tablilla votiva El miembro del cual somos procreados? Cuando mi pene por casualidad estaba herido, Y yo, miserable, temía la mano del cirujano: A los dioses legítimos, y demasiado grandes, Como a Febo, creo, y al hijo de Febo, Temía encomendar mi miembro para ser curado. A este, dije, ayuda, Priapo, a esta parte, De la cual tú, padre, pareces igual: Salvada la cual sin operación hecha, Se te pondrá pintada la que curaste, Igual, semejante y del mismo color. Prometió que sería: y movió el miembro Como señal el dios, e hizo lo pedido.

POEMA XXXVIII

PRIAPO

Sencillamente debo decirte, cualquiera que seas, sobre mí: Porque mi naturaleza siempre está abierta. Quiero sodomizar: tú quieres coger frutos. Si me das lo que pido: recibirás lo que pides.

POEMA XXXIX

PRIAPO

Mercurio puede agradar por su forma: Apolo debe ser contemplado por su forma: También Lieo se pinta hermoso: Cupido es el más hermoso de todos. Confieso que carezco de bella forma: Pero nuestro miembro es espléndido: Este prefiere para sí, más que a los dioses anteriores, Si hay alguna muchacha que no sea de sexo tonto.

POEMA XL

A PRIAPO

Telétula, conocida entre las muchachas suburanas, Que, creo, se liberó de su oficio: Ciñe tu pene, santo, con corona dorada: Este lo tienen las prostitutas como imagen de suma divinidad.

POEMA XLI

PRIAPO

Cualquiera que viniere aquí, hágase poeta: Y dedíqueme versos jocosos. Quien no lo hiciere: entre los eruditos Camine como el más ulceroso.

POEMA XLII

PRIAPO

El alegre Aristágoras, administrador de sus viñas bien nacidas, Te ofrece, oh Dios, manzanas hechas de cera. Pero tú, contento con la imagen de la manzana consagrada, Haz que él, Príapo, produzca frutos verdaderos.

POEMA XLIII

PRIAPO

No creáis que todo lo que digo lo digo por juego, por broma. A todos los ladrones sorprendidos tres y cuatro veces los sodomizaré, no lo dudéis.

POEMA XLIV

PRIAPO

¿Por qué dirías que esta lanza, aunque soy de madera, la desea, Si alguna muchacha me besa en el medio? No es necesario un adivino: en mí, creedme, dijo que a la lanza, la inexperta dará apropiados usos.

POEMA XLV

PRIAPO

Cuando el dios rígido vio a cierto joven quemándose la cabeza con hierro ardiente para ser semejante a una muchacha mora: "Oye", dijo, "te hablo a ti, afeminado, Aunque te quemes hasta el extremo y te tortures: ¿Acaso es mejor la muchacha, pregunto, que los cabellos que tiene la verga?"

POEMA XLVI

PRIAPO

Oh muchacha no más blanca que un moro, pero más enferma que todos los afeminados, más baja que un pigmeo, que teme a una grulla, más áspera que las ortigas, y más peluda, más suelta que los pantalones medos e indios: Puedes quedarte aquí, para que vayas con gusto... Pues aunque parezco bastante preparado: Necesito diez manojos de orugas para desgastar las fosas de la ingle y el dolor de los gusanitos que brotan del coño.

POEMA XLVII

PRIAPO

Cualquiera de vosotros que venís a cenar, Que no soporta ofrecerme versos: Su esposa o amante, ruego, que vuelva lánguida A su rival por lujuria: Y que él mismo duerma solo toda la larga noche, Excitado por orugas lujuriosas.

POEMA XLVIII

PRIAPO

Lo que veis húmedo de mi parte, Por la cual se indica que soy Príapo: No es rocío, creedme, ni escarcha; Sino lo que por sí mismo suele liberarse, Cuando la mente se acuerda de una muchacha caliente.

POEMA XLIX

PRIAPO

Tú, quienquiera que veas alrededor de nuestros muros versos llenos de bromas no demasiado castas: Deja de ofenderte por versos obscenos; no es Nuestra verga de ceja fruncida.

POEMA L

A PRIAPO

Una muchacha, si te place esto, Príapo, Muy lujuriosa se burla de mí, Y no me da, ni niega que me dará; Y siempre encuentra causas para diferir. Si llegara a ser disfrutada por nosotros: Con

nuestros compañeros, Príapo, Te ceñiremos toda la verga con coronas.

POEMA LI

A PRIAPO

¿Qué asunto es este? ¿O por qué causa sospechosa Vienen muchísimos ladrones a mi jardín, Cuando, quienquiera que tropieza con nosotros, paga las penas Y es sodomizado hasta los lomos curvos? No hay aquí higos preferibles a los de la vecina, Y uvas, como las que recoge la divina Arete: Ni manzanas para frotar en troncos picenos, Ni peras, que cojas con tanto peligro, Y ciruelas amarillas más que la cera nueva, Y serbas, que retrasan los vientres sueltos. Mis ramas no dan moras distinguidas, Ni nueces largas, que llaman avellanas, Ni almendras, que brillan con flor púrpura. No cultivo tallos de coles más golosos, Ni remolachas, cuales ningún huerto produce, Ni puerros que crecen siempre hacia su cabeza; Ni a nadie hacia las calabazas seminíferas, Ni hacia la albahaca, y pepinos extendidos en tierra, Ni hacia las lechugas bajas, creo: Ni para que levante por la noche orugas salaces, Y menta olorosa, con rutas saludables: Y cebollas agrias, y ajo fibroso. Todas las cuales, para que las rodeemos en nuestro recinto, No pocas producen los jardines vecinos. Abandonando estas, venís al lugar Trabajado por mí, ladrones descaradísimos. Sin duda corréis hacia el castigo abierto: Y esto mismo que con que amenazamos os invita.

POEMA LII

PRIAPO

Eh tú, que no contienes bien la mano rapaz del huerto que me ha sido encomendado: Ya primero este guardián lujurioso, entrando y saliendo alternativamente, te hará más abierto por la puerta trasera. Se acercarán dos, que guardan el flanco, hermosamente dotados de colgantes. Que cuando te hayan empapado y mal yaciendo, vendrá también un asno lascivo, no peor dotado de verga que el del Nilo. Por lo que, quien sea sabio, evitará el mal, cuando sepa que hay aquí tanto de vergas.

POEMA LIII

A PRIAPO

Baco suele contentarse con un racimo módico: Cuando los altos lagos apenas contienen su mosto, Y cuando falta una gran era para las mieses fecundas, Se da una sola corona a los cabellos de Ceres. Tú también, dios menor, siguiendo ejemplos de los mayores, Aunque damos pocas, considera buenas las manzanas.

POEMA LIV

PRIAPO

Si escribes E, D y añades una advertencia:

Quien quiera partir D por la mitad será pintado.

POEMA LV

PRIAPO

¿Quién podría creer que también la hoz (¡vergüenza confesarlo!) los ladrones me la robaron de los dedos? Y no me mueve tanto la falta de lo perdido y la vergüenza, como el justo miedo que proporcionan las otras armas. Si perdiera estas, seré multado por la patria: y entonces ese ciudadano tuyo, Lampsaco, sera galo.

POEMA LVI

PRIAPO

También te burlas, ladrón, y el dedo impúdico me muestras a mí con amenazas. ¡Ay de mí, miserable! porque aquello que me hace parecer terrible es de madera. Sin embargo, pediré al dueño astuto que tenga a bien sodomizar a los ladrones en mi lugar.

POEMA LVII

PRIAPO

Corneja y caries, y vieja tumba, turba podrida hecha de siglos, que tal vez podría haber sido nodriza de Titón, y de Príamo, y de Néstor, si no hubiera sido demasiado vieja ya para aquellos niños; Para que no le falte, me pide un fornicador. ¿Qué? ¿Sólo falta que pida hacerse muchacha? [Si tiene dinero, sin embargo, es como si fuera muchacha]

POEMA LVIII

A PRIAPO

Cualquier ladrón que traicione nuestra confianza, que se marchite lejos con el culo afeminado. Y cualquier muchacha que haya arrancado estas manzanas con mano insolente, que no encuentre ningún amante.

POEMA LIX

PRIAPO

Para que no puedas negar lo que se te ha advertido: Si vienes como ladrón, te irás sodomizado.

POEMA LX

A PRIAPO

Si, tuvieras tantas manzanas como versos, Príapo, serías más rico que el antiguo Alcínoo.

POEMA LXI

PRIAPO

¿Por qué te quejas en vano conmigo, labrador, de que yo, manzano que en otro tiempo fructificaba bien, ahora fui estéril por dos otoños? No me agobia, como piensas, la vejez; Ni fui golpeado por duro granizo: Ni la brisa de frío tardío quemó las gemas que apenas salían del brote: Ni los vientos, ni las lluvias, ni la sequía me causaron el mal del que me quejo. No me dañó el estornino, ni el grajo raptor, ni la corneja vieja, ni el ganso

acuático, ni el cuervo sediento: Sino que soporto en mis ramas fatigadas los versos de pésimos poetas.

POEMA LXII

PRIAPO

Dormid seguros, perros: guardará el huerto Sirio con su querida Erígone.

POEMA LXIII

PRIAPO

¿Acaso es poco que yo, desgraciado, tenga aquí fijado mi asiento, soportando largo tiempo el estío sediento cuando la tierra se agrieta por la canícula? ¿O es poco que las lluvias sobreabunden en mis pliegues y el granizo caiga sobre nuestros cabellos, y mi barba se endurezca unida al cristal? ¿Es poco que, gastado el día bajo fatigas, pase la noche en vela, igual de molesta que los días? Añade a esto que las manos rústicas sin arte me tallaron como un dios terrible desde un tronco, y que entre todos los dioses soy la última divinidad, soy llamado guardián de madera de las calabazas. Se suma a esto la marca de mi impudencia: mi falo erecto por el lujurioso nervio. A este lugar suele venir una muchacha (casi añado su nombre) con su amante, donde tantas posturas como inventó Filenis practica sin que nadie se lo enseñe, y luego la lasciva se marcha.

POEMA LXIV

PRIAPO

Cierto hombre, más blando que la médula de ganso, vino aquí a robar movido por el amor al castigo. Que robe cuanto quiera, haré como que no lo he visto.

POEMA LXV

A PRIAPO

Aquí tienes, por causa de aquel ladrón que hundió con su hocico los lirios que crecían, fue sacrificado un cerdo inocente de la tibia pocilga. Pero para que no hagas perecer todo el ganado, Priapo, haz que la puerta de tu huerto esté cerrada.

POEMA LXVI

PRIAPO

Tú, que para no ver la marca viril, te apartas de aquí, como conviene a una pudorosa: sin duda, lo que temes ver, deseas tenerlo dentro de tus entrañas.

POEMA LXVII

PRIAPO

Que a la primera sílaba de PEnélope siga la primera de DIdo, y a la primera de CAni la primera de REmi: lo que resulte de esas, tú, sorprendido en el huerto, obtendrás como ladrón: con esta pena debe expiarse tu culpa. (Pedicare = Sodomizar)

POEMA LXVIII

PRIAPO

Si parezco haber dicho algo rústico por naturaleza, perdóname: no leo libros, recojo frutos. Pero este rústico se ve forzado a escuchar tantas veces a su amo leyendo, y ha aprendido las palabras homéricas. Lo que nosotros llamamos "psoleon", él lo llama "psoloenta cheranon". Ciertamente "smerdaleon", a menos que la cosa no sea limpia, es llamado así, y "smerdalea" es el miembro del sodomita.

POEMA LXIX

PRIAPO

¿Qué? Si a Taenario no le hubiera gustado el miembro troyano, no habría tenido tema que cantar. Si el Tantálida (Agamenón) no hubiera nacido bien dotado: nada habría tenido que lamentar el anciano Crises. Este mismo despojó a Aquiles de su tierna amiga: la que era del Eácida, prefirió que fuera suya. Aquel cantó el miserable poema peletronio, más tenso que su propia cítara. La noble Ilíada comienza precisamente con esa ira: ella fue el principio del sagrado poema. Otra materia es el error del astuto Ulises; si buscas la verdad: también a este lo movió el amor. De aquí se lee de la raíz de la que sale una flor dorada; cuando la llama "moly", el miembro era "moly". De aquí leemos que Circe y Calipso, hija de Atlante, buscaron los grandes vasos del varón de Duliquio. También la hija de Alcínoo se admiró de este miembro, que apenas pudo cubrirse

con una rama frondosa. Sin embargo, aquel se apresuraba hacia su anciana, y toda tu mente estaba en su sexo, Penélope. Tú que permaneces tan casta que ya frecuentas banquetes: y que tu casa está llena de fornicadores. De entre ellos, para que supieras cuál era el más vigoroso, dirigiste estas palabras a los pretendientes atentos: "Nadie tensaba mejor el nervio que mi Ulises: ya fuera obra de sus flancos o de su arte. Puesto que él pereció, ahora vosotros tensad: a aquel que sepa ser varón, que ese sea mi marido." Según esta ley, Penélope, pude haberte complacido yo, pero aún no había sido hecho en aquel tiempo.

POEMA LXX

PRIAPO

Cuando el sabor de los higos te deleite, y ya te apetezca extender aquí la mano: mírame, ladrón, y calcula cuántos kilos de miembro tendrás que cagar.

POEMA LXXI

PRIAPO

Se burló de mí un pobre inquilino, que había dado una torta y harina tostada. Por lo cual, añadidas las porciones al fuego, al punto se marchó de aquí, terminado el sacrificio. La perra del vecino viene aquí de vez en cuando, siguiendo, creo, el olor del humo: la cual, comido el libamen del miembro, toda la noche me satisface manteniéndose rígida. Pero vosotros cuidaos más de poner algo en este lugar, no sea que una turba de perros hambrientos quiera venir hacia mí: no sea que, mientras me

veneráis y a mi divinidad, tengáis guardianes que han sido sodomizados.

POEMA LXXII

PRIAPO

Si cosechas los huertos confiados a mi cuidado, aprenderás por qué me duele perder las cosas dulces.

POEMA LXXIII

A PRIAPO

Cuida diligentemente, Priapo, el huerto, amenaza a los ladrones con el miembro enrojecido.

POEMA LXXIV

PRIAPO

No es que me mueva: porque, si tú mismo robaras las grandes manzanas, te daré las manzanas braquiales.

POEMA LXXV

PRIAPO

¿Por qué me miráis de reojo, sodomitas? Que el miembro no se ponga tenso en mis ingles. El que ahora está exánime y es madera inútil: será útil, si le diereis un arado. Atravesará la

verga a muchachos y muchachas: de los barbudos solo buscará la parte superior.

POEMA LXXVI

A PRIAPO

Dodona te está consagrada, Júpiter: Samos a Juno, y Micenas: a Dis las ondas y Ténaro, y al Rey del mar; Palas protege las ciudadelas cecrópidas: Delfos, ombligo del orbe, al Pitio: Creta a Delia, y las colinas de Cinto: Fauno protege el Ménalo y las selvas de los arcadios. Rodas, la bienaventurada, es tutela del Sol: Cádiz de Hércules, y el húmedo Tíbur. Cilene, la nevada, al dios veloz: Lemnos, la ardiente, más grata al tardo, las nueras de Enna frecuentan a Ceres: Cícico, la ostrosa, a la Diosa raptada: Cnido y Pafos a la hermosa Venus: los mortales te consagraron Lámpsaco.

POEMA LXXVII

PRIAPO

Por el hecho de que ya soy viejo, y mi cabeza encanece con barba y cabellos blancos: yo podría perforar a los sorprendidos, a Titón, a Príamo y a Néstor. Me veis un estómago inmenso, vosotros que hacéis continuamente un seto denso: y prohibís que los ladrones vengan aquí. Esto es dañar mientras ayudáis; esto es no permitir que las aves lleguen al cazador. El camino está obstruido: y no es lícito al que yace expiar la culpa con las nalgas calladas. Por tanto, yo que antes una y otra vez solía desgarrar los traseros de los ladrones, durante algunas noches y días ceso. También pago castigos, lo que es suficiente y más: y

me vuelvo semilla; y el que antes era lujurioso no transcurro una vida, ¿quién lo habría pensado?, como si un citarista se abstuviera del juego.

POEMA LXXVIII

PRIAPO

¡Que los dioses y diosas nieguen amigas a tus dientes, vecino lamedor de vulvas! Por ti la muchacha que antes solía, sin mentir, venir hasta nosotros con paso rápido e infatigable, ahora la pobre Lándace apenas puede jurar que logra caminar a causa de las grietas.

POEMA LXXIX

A PRIAPO

Priapo, tú que eres grave por el falo, lo que este poeta nuestro te ha reprochado: que no debes avergonzarte, no eres más faludo que el poeta.

POEMA LXXX

A PRIAPO

Como el miembro no es suficientemente largo ni está bien erguido y grueso, y piensas que puede crecer cuando se lo entregues. ¡Mísero! La medida engaña a las muchachas deseosas: este miembro no tiene nada más grande que ella. Más útil era Tideo, quien, si crees a Homero, era combativo por su ingenio, pequeño de cuerpo. Pero la novedad y el pudor

pudieron ser un daño para nosotros, debiendo ser rechazado frecuentemente por mí.

POEMA LXXXI

A PRIAPO

Mientras vivas, conviene esperar: tú, guardián rústico, ven acá y favorece con tus nervios, tenso Priapo.

POEMA LXXXII

A PRIAPO

Perspecto, otrora administrador del tesoro, ahora cultivador de un pequeño campo, te consagro este templo, Priapo. A cambio de estos servicios, si es lícito, santo, pacto para que quieras ser custodio asiduo del campo. Si algún malvado violase nuestro pequeño campo, tú... pero callo; creo que sabes lo que sigue.

POEMA LXXXIII

De Albio Tibulo a Priapo sobre la inercia de la ingle

¿Qué novedad es esta? ¿Qué anuncia la ira del dios? En la noche silenciosa, cuando el muchacho rubio yacía oculto en mi tibio seno, Venus estuvo quieta, y el miembro inerte no alzó virilmente la cabeza senil. ¿Te agrada, Priapo? Tú que sueles, bajo la copa del árbol, ceñir la sagrada cabeza con pampanos rojos, sentarte rojo con rojo falo. Pero, oh Trifalo, a menudo con flores nuevas hemos adornado sin arte tus cabellos, y a

menudo con nuestra voz hemos ahuyentado cuando un cuervo viejo o un grajo diligente hería con pico córneo tu sagrada cabeza. ¡Adiós, Priapo! No te debo nada. ¡Adiós, nefando abandonador de las ingles! Yacerás pálido entre los campos por el abandono, y una perra cruel te meará por doquier, o un cerdo lodoso te frotará el costado manchado.

¡Malvado miembro, oh mi grave mal! Aunque puedas quejarte por la grave y piadosa ley del daño: no se te abrirá ningún tierno muchacho que, gimiendo en el lecho, con arte ayudante mueva el trasero ágil. Ni una muchacha juguetona te acariciará con mano ligera o apretará el muslo resbaladizo. Se prepara una vieja amiga de Rómulo, desdentada, en cuyas negras ingles se oculta una cueva escondida por el vientre colgante, y cubierta por piel suelta, por el hielo anual. Una araña cierra las puertas por el abandono.

Esto se te prepara: que tu cabeza resbaladiza sea devorada tres y cuatro veces por la profunda vulva. Podrás yacer enfermo, más lento que una serpiente. Serás gastado continuamente hasta que, ¡ay, miserable, miserable!, tres y cuatro veces llenes completamente la cueva. Esa soberbia no servirá de nada: pronto irás errante resonando con el lodo de mi cabeza. ¿Qué pasa, inerte? ¿Te avergüenza la lentitud? Podrás llevarte esto impunemente una vez. Pero cuando regrese aquel muchacho dorado, tan pronto como sientas el camino con pie sonante, que la excitación despierte repentinamente los nervios con lujuria, y que un tumor inquieto erija las ingles. Y que no cese de incitar hasta que Venus juguetona me haya quebrado el blando costado.

POEMA LXXXIV

De Marco Valerio Marcial a Priapo

No de huerto ni de viña próspera, sino de raro bosque, Priapo, guardián, del cual naciste y puedes renacer, advierte que rechaces las manos ladronas y reserves la selva para los hogares del señor. Si esta faltase, también tú mismo eres leña.

POEMA LXXXV

PRIAPO

En primavera con rosas, en otoño con frutos, en verano frecuentemente con espigas; para mí solo es horrible el crudo invierno. Pues temo el frío y me preocupa que, siendo de madera, este dios proporcione fuego a los agricultores ignorantes.

POEMA LXXXVI

De Cayo Valerio Catulo - Priapo

Yo, yo fabricado con arte rústica, yo, álamo seco, ¡oh viajero!, protejo este pequeño campo que ves a la izquierda, y la casita del señor y el huertecillo del pobre, y alejo las malas manos de los ladrones. Para mí se pone una corona pintada en primavera; para mí la roja espiga en sol ardiente; para mí la dulce uva en verde pámpano; y para mí la oliva glauca en duro frío. Una cabra delicada de mis pastos lleva a la ciudad ubres adultas de leche. Y un cordero gordo de mis apriscos envía a casa la

diestra pesada de bronce. Y un ternero tierno, mugiendo la madre, derrama sangre ante los templos del dios.

Por tanto, viajero, respetarás a este dios y tendrás la mano alzada. Esto te conviene. Pues está preparada una cruz, miembro sin arte. "¡Querría, por Pólux!", dices. Pero ¡por Pólux!, ¡mira! viene el capataz, arrancada por cuyo brazo fuerte, ese miembro se vuelve clava apta para la diestra.

POEMA LXXXVII

PRIAPO

Este lugar, jóvenes, y la casita pantanosa, tejida con mimbre de junco y manojos de cañas, conformada por encina seca con hacha rústica, ahora protejo más y más, para que cada año sea más próspera. Pues me honran el señor de esta casa y me saludan como dios: el padre de la pobre choza y el hijo del colono. Uno cultivando con diligencia asidua, para que la hierba espinosa y áspera sea alejada de mi santuario; otro trayendo siempre pequeños dones con mano generosa. Para mí se pone una corona pintada en primavera florida, y la primera espiga verde tierna y suave; violetas amarillas para mí, y amapola amarilla, pálidos pepinos y manzanas de dulce olor, uva roja criada bajo sombra de pámpanos.

También con sangre (pero callaréis) unge este altar un pequeño macho cabrío barbudo y una cabra cornuda. A cambio de todos estos honores es necesario que Priapo proteja y guarde el huertecillo del señor y la viña. Por tanto, ¡oh muchachos!, alejaos de aquí, escondeos las malas rapiñas. Cerca hay un

vecino rico y negligente con Priapo. Robad de allí; este sendero os llevará luego.

POEMA LXXXVIII

Del mismo a Priapo

Este bosque te dedico y consagro, Priapo, donde está tu casa de Lámpsaco y tu selva, Priapo. Pues te honra especialmente en sus ciudades la costa del Helesponto, más rica en ostras que las demás costas.

AQUÍ TERMINAN LOS PRIAPEIA

ANEXÓMENOS

De Apuleyo
(basado en Menandro)

Si no puedo poseer, déjame al menos amar.
Que otros gocen: no me duele, no soy rencoroso,
pues quien envidia a los dichosos se tortura a sí mismo.
A quienes Venus favoreció, los hizo dueños del amor:
a nosotros Cupido nos da el deseo, pero nos niega el poder.

Ellos, saboreando besos bermellones,
mordiscan con dulzura los labios de rosa,
adoran con su boca las mejillas y el rostro cándido,
y las brillantes gemas gemelas de los ojos.
Y cuando los cuerpos tiernos en el lecho suave
se adhieren pecho a pecho con el pegamento de Venus,
la lujuria con lascivo impulso despierta
el ondular de los muslos para el rito de amor.

Entre gemidos y pequeños jadeos,
mordisquean los pezones, profundizan los abrazos,
trazan surcos suaves en el campo de Venus,
plantan el tirso en el huerto de Cupido,
dan golpes frecuentes con ojos que parpadean;
y cuando el curso se agota, Venus y el alma rendidas,
eyaculan tibio rocío con líquidos niveos.

Esto hagan aquellos que Venus no desdeña:
pero a nosotros, al menos con tosco placer,
déjanos amar, si no podemos poseer.

PERVIGILIUM VENERIS

QUE AME MAÑANA QUIEN NUNCA AMÓ,
Y QUIEN AMÓ, QUE AME MAÑANA

Primavera nueva, primavera ya sonora; en primavera nació el mundo.
En primavera concuerdan los amores, en primavera se casan las aves.
Y el bosque suelta su cabellera por las lluvias nupciales.
Mañana la unidora de amores, entre las sombras de los árboles,
Entrelaza verdes cabañas con el látigo de mirto.
Mañana Dione dictará sus leyes, sentada en su sublime trono.
Entonces, con la sangre del cielo, el mar espumoso en su globo,
Entre las huestes cerúleas y entre los caballos bípedos,
Creó a la ondulante Dione de las lluvias nupciales.
Ella misma pinta el año purpúreo con gemas y flores;
Ella misma empuja los pezones nacientes con el soplo de Favonio,
Los presiona hacia nudos que se abren; ella misma, del rocío luminoso,
El aire nocturno que deja esparce las húmedas aguas.
Brotan lágrimas temblorosas por el peso que cae.
La gota precipitada en pequeño orbe sostiene sus caídas:
En rubor salieron las purpúreas flores;
Aquel humor que los astros rocían en las noches serenas,
Al amanecer suelta los pezones virginales con húmedo velo.
Ella misma ordenó que al amanecer se casen las vírgenes rosas húmedas:
Hecha está Cipris de sangre, y de besos de Amor,
Y de gemas, y de llamas, y de púrpuras del sol.
Mañana el rubor que se ocultaba cubierto con veste ígnea,

Unida en un solo nudo nupcial, no se avergonzará de soltarse.

La misma Diosa ordenó a las Ninfas ir al bosque de mirto:
Va el niño como compañero de las muchachas; pero no se puede creer
Que el amor esté de fiesta si llevara sus flechas.
Id, Ninfas, ha depuesto las armas; está de fiesta el Amor,
Se le ordenó ir desarmado, se le ordenó ir desnudo,
Para que no dañe con arco, ni con flecha, ni con fuego.
Pero aun así, Ninfas, cuidaos, porque Cupido es hermoso;
Está completamente igual armado que cuando desnudo está el Amor.
Venus por pudor compartido envía vírgenes hacia ti;
una cosa es la que pedimos: cede, Virgen Delia,
para que el bosque quede sin sangre de las matanzas de fieras.
Ella misma querría pedírtelo, si se doblegara la púdica;
ella misma querría que vinieras, si conviniera a una virgen.
Ya verías coros festivos durante tres noches,
congregándose entre las multitudes para ir por tus espesuras.
Entre coronas de flores, entre guirnaldas de mirto.
Ni Ceres ni Baco están ausentes, ni el Dios de los poetas
se detiene; toda la noche debe pasarse en vela con cantos.
Que reine en los bosques Dione, tú retírate, Delia.
Ordenó la Diosa que el tribunal se alzara con flores de Hibla:
ella misma como presidenta dirá el derecho, se sentarán las Gracias.
Hibla, derrama todas las flores que el año ha traído,
Hibla, toma vestido de flores, cuanto es el campo de Ena.
Aquí estarán las doncellas del campo, o las doncellas de los montes.
Las que habitan los bosques, las que habitan los bosques sagrados, las que habitan las fuentes:

ordenó a todas sentarse la madre del niño alado,
ordenó también a las doncellas que nada confíen al amor desnudo.
Que de las plantas florecientes saque verdes sombras con flores;
mañana será el día en que el primer Éter unió nupcias,
para que el padre, creara todo el año primaveral con nubes,
la lluvia conyugal fluyó al seno de la esposa nutricia,
de donde todos los frutos mezclados alimentara con su gran cuerpo.
Ella misma gobierna las venas y la mente del espíritu que penetra
por dentro con fuerzas ocultas procreadoras,
y por el cielo, y por las tierras, y por el mar sometido,
impregna el curso permeable de su semilla por sendero seminal,
y ordenó al mundo conocer los caminos del nacer.

Ella misma trasladó a los descendientes troyanos a los latinos;
ella misma dio la doncella laurentina como esposa a su hijo:
y luego del sagrario da a Marte la virgen púdica.
Ella misma hizo las nupcias romúleas con los sabinos,
de donde los Ramnes y Quirites, y por la descendencia de los futuros
de Rómulo, creó la madre, y el nieto César.
El placer fecunda los campos; los campos sienten a Venus.
El mismo Amor, niño de Dione, se dice que nació en el campo;
a este, cuando daba a luz, el campo mismo lo recibió en su seno:
ella misma lo educó con delicados besos de las Flores.
Mira, ya sobre las retamas extienden los toros su costado.

Cada uno seguro, por lo que se mantiene, por el pacto conyugal.
Bajo las sombras con los maridos, mira el rebaño de las que balan.
Y ordenó la Diosa que las aves canoras no callen;
ya los cisnes parlanchines resuenan con ronca boca en los estanques:
resuena la doncella de Tereo bajo la sombra del álamo,
de modo que creas que los impulsos del amor se dicen con boca musical;
y niegues que se queje de la hermana por el marido bárbaro.
Ella canta; nosotros callamos: ¿Cuándo vendrá mi primavera?
¿Cuándo me haré como la golondrina, para que deje de callar?
Perdí la Musa callando, ni Febo me mira:
así Amiclas, cuando callaron, perdió por el silencio.
Mañana ame quien nunca amó, y quien amó, mañana ame.

EPÍSTOLAS
SOBRE
EL PRIAPISMO DE CLEOPATRA
Y SUS REMEDIOS

EPÍSTOLA I
DEL EMPERADOR HERACLIO
A SÓFOCLES EL FILÓSOFO

Sobre la exposición del libro encontrado junto a la cabeza de la Reina Cleopatra en su sepulcro

Heraclio Emperador, Pártico, Pérsico y Babilónico, Triunfador siempre Augusto, a Sófocles, varón sabio y amigo suyo. Al regresar yo de la guerra pérsica, que fue sostenida con

gran valor y terminada con insigne victoria por la gracia de Cristo, me pareció bien dirigirme a Alejandría para disponer allí ciertas cosas que debían hacerse por la utilidad de la República. Mientras permanecía allí algunos días, plugo que se abrieran ciertos sepulcros hermosos de antiguos reyes, en los cuales, según la fama, se habían ocultado muchos tesoros, para que el dinero allí mal depositado, si acaso se encontrara, sirviera a las utilidades de muchos.

También fue abierto el sepulcro de Cleopatra, aquella famosísima reina que con Antonio había tenido el imperio de casi todo el Oriente: donde su cuerpo, colocado junto a Antonio, conservado con aromas, había permanecido ileso hasta nuestros tiempos, por ciento veinticinco Olimpiadas. Junto a la cabeza de esta reina fue encontrado un libro, inscrito en caracteres desconocidos sobre tablas de bronce, y nos fue entregado: del cual no había duda de que contenía algo de gran utilidad, ya que con tanta diligencia yacía escondido junto a la cabeza de tan gran reina.

Comenzamos a buscar ansiosamente con diligencia, si acaso hubiera alguien que nos revelara el conocimiento de ese libro y su escritura. Como ya habíamos caído en desesperación por la ignorancia de muchos que parecían ser sabios, y considerábamos imposible esto, finalmente decidimos recurrir a ti, de quien no dudamos que eres sabio en todo género de disciplina. Por lo cual te dirigimos ese mismo libro, para que nos expongas su escritura e inteligencia.

Adiós.

EPÍSTOLA II
DEL SOFISTA SÓFOCLES
AL EMPERADOR HERACLIO

Sobre la exposición e inteligencia del mencionado libro, escrito en tablas de bronce

Sófocles Sofista al Emperador Heraclio Divino, Magnífico Varón y Triunfador siempre Augusto. Leí las cartas de tu excelencia, que contenían tu petición, y consumí muchos días en investigar las escrituras e inteligencia del libro que enviaste.

Finalmente, por ciertos secretos de nuestro arte, me fue revelada la profundidad de los caracteres desconocidos de ese mismo libro y la verdad de su inteligencia. En primer lugar, considero que eres un hombre muy afortunado, en cuyos tiempos fue revelado un arcano escondido por muchos siglos anteriores, más precioso que todo tu oro.

Pues como todas las cosas que son para uso humano son preciosas solamente a causa del hombre, ¿cuánto más precioso es aquello por lo cual la naturaleza humana se fortalece, y lo que en ella está depravado se reforma a su estado propio? ¿Cuántos consideras que fueron los reyes y poderosos de los siglos, a quienes la Fortuna había dado herencia, pero la naturaleza vacía había negado heredero, que habrían comprado por precio inestimable aquello, si hubieran creído de algún modo que podían obtener lo que consta que tú has obtenido?

Tienes, pues, un tesoro, ciertamente ofrecido a ti por casualidad, pero encontrado por nuestra diligencia: el cual la misma magnitud de sí recomienda que debe ser custodiado por ti con suma atención. La exposición de la escritura y también la sutileza de la inteligencia del mismo libro, consignada con nuestros caracteres, la he transmitido a tu magnificencia. Lo cual, te aconsejo, hagas guardar diligentemente, y que nunca salga al público: sin embargo, tú mismo podrás tener uso de su suma utilidad.

Adiós.

EPÍSTOLA III
DE C. ANTONIO CÓNSUL
A Q. SORANO

Sobre la incontinencia de la lujuria de la Reina Cleopatra

Antonio, tres veces cónsul, saluda a Q. Sorano. Recordando la antigua amistad, y al mismo tiempo deleitado con la virtud de tu sabiduría y constancia de fe, ahora me apresuro a declararte cierta desgracia privada mía, prometiéndome esperanza de tu egregia fe, tanto que tendrás oculto lo confiado, como que serás ayudante para aliviar y devoto para disponer, si pudieres.

Prendado por el amor de Cleopatra, y deleitado por la belleza de su forma más allá de la medida, más de lo que convendría a un ánimo viril, seducido por sus halagos, sin embargo le relajé del freno marital, lo cual, despreciándome a mí y el temor de las leyes, se manchó con adulterio, y no mediocremente, sino que, pospuesta la vergüenza mujeril en su ánimo, se precipitó a tanta impaciencia de crimen, que en una sola noche, tomado el capuchón, soportó en el lupanar prostíbulo el concúbito de ciento seis varones.

Tanto estaba, según confesó, encendida en la tensión de la vulva rígida, que se retiraba del lupanar, pero no saciada; y aunque se había actuado muy secretamente, sin embargo no me fue oculto, y finalmente, interrogado por ella bajo amenaza de vida sobre esta nefaria ofensa, descubrí la impaciencia del doble calor y ardor.

Lo cual, encontrando que era verdad por ciertos peritos en arte filosófica, quienes dicen que la naturaleza de ciertas mujeres es tan ardiente, que si carecen de verga casi continua y constante abrazo viril por menos del decimotercer día, ni siquiera pueden vivir: y atendiendo también que, si su delito se hiciera público, redundaría en injuria de perpetua infamia para mí: confieso que disimulé el asunto, compadecido también de la hermosura de su forma, la flor de su juventud, y la condición de su naturaleza, y la modestia de su ingenio, por lo cual era superior a muchas mujeres, si no fuera que trabajaba con este solo vicio, amenazándola ciertamente con la muerte si no se abstuviera en adelante.

Aterrorizada por este temor, comenzó a contenerse. De donde cayó en grave enfermedad, y convocados los médicos y desesperando de su vida, a menos que satisficiera a la naturaleza con repentino concúbito, finalmente cedió, y resolvió el miedo de la muerte con la prisa del voto. Y luego, refiriéndonos, no tuvo miedo de confesar el vicio de su naturaleza, habiéndose restablecido casi hasta la muerte, se protegía bajo el testimonio de médicos fieles.

Movidos, pues, por esta miserable suerte, caímos en gran dolor de muerte, dudando de todos los modos qué debía hacerse. Finalmente no estimamos nada mejor que poner en ti la esperanza de consejo en este asunto, de quien está probado por muchos documentos que sobresales en ingenio y toda sabiduría. Pues tanto tenerla como está ahora, como muerta, no es nada: igualmente carecer de ella es dificilísimo, del tenor total de mi voluntad manifiestamente es muy fácil para mí

soportar tal antes que perder tal; sin embargo, para que no tenga tal, ruego incesantemente merecer con tu obra, tu auxilio.

Actúa, pues, habiéndote de tener todo para lo que quisieres: y si hay algún lugar en tu ciencia para curar esa enfermedad, ejércelo con toda virtud. Devuélvemela, y de esto me adquiere todo para ti.

Adiós.

EPÍSTOLA IV
DE SORANO
A ANTONIO CÓNSUL

Sobre el modo de curar el ardor de la lujuria de la Reina Cleopatra

Q. Sorano a Antonio Cónsul. Siempre se ha guardado prudente y fielmente a los amigos, que consideren la causa de los amigos como suya, y se conduelan de sus infortunios igualmente, como si ellos mismos los padecieran, y donde faltan remedios para ayudarlos, apliquen los fomentos de consolación por el deber de benevolencia.

Tu excelencia de magnitud tiene suficientemente comprobado que la felicidad humana trabaja con muchas incomodidades del ánimo, y que esto es propio de la falaz Fortuna, que a quienes alguna vez halaga con frente alegre, a estos alguna vez los aterroriza con frente arrugada. De ahí es que te haga, señor de las gentes y de la República Romana, que hace abundar en copia de todas las riquezas, ser rozado al menos por vicio doméstico e incomodidad privada, para que muestre evidentemente cuán mudable es.

Pero puesto que la fortuna adversa es superior a la benevolencia de la amistad, que hace las cosas prósperas más espléndidas, y las adversas más leves con paciencia, muy compadecido de tu tristeza como verdadero amigo, busqué largo tiempo de qué modo esta ansiedad que padeces la aliviara disminuyéndola, o la quitara totalmente.

Leídos, pues, muchos libros, y escrutados los secretos de la naturaleza, tanto en el género de los animales, como de las piedras, árboles y hierbas, aunque encontré muchos remedios para refrigerar el ardor de la lujuria, sin embargo no alcancé la suma de vencer la lujuria, hasta que instruido por cierto sacristán en el templo de Venus, encontré en la isla de Quíos un libro, conteniendo el modo y fuerza de este verdadero ungüento, que te envío, y de otras cosas que se destinan al uso femenino, el cual es tan validísimo, como podrás conocer tanto por nuestra narración, como por tu probidad.

La fuerza de este ungüento es tal, por el cual cualquier mujer es atraída al amor de aquel varón que hubiere yacido con ella, de tal modo que se olvida del amor de todos los demás; el cual deberás usar así en primer lugar. Obsérvate por nueve días de la obra venérea, de modo que ningún flujo de semen salga de ti: y usa comidas calientes, huevos también y queso, y vino fuerte, y pimienta. Pero si tú fueras viejo, o de naturaleza fría, podría aplicarte fomentos medicinales, pero como no tienes necesidad de ellos, podrás tomar comidas comunes.

Luego esto debes observar máximamente, que cuando después de nueve días te acerques a gozar el concúbito, tengas el miembro viril no menos en su extensión que diez onzas. Lo cual si no tienes por naturaleza, debes tenerlo por medicinas.

Toma, pues, leche de higuera silvestre, y raíz de la hierba que se llama telina, y tritura diligentemente, y unge el miembro viril, y lo frotarás con las manos, y así se alzará a la mencionada magnitud. Después de esto, inmediatamente, cuando quisieres realizar el concúbito, ungirás todo el miembro viril con el mencionado ungüento, y así introdúcelo en la vulva de la mujer, cuando más expeditamente puedas.

Pues luego, arrojado el semen, y licuado el ungüento, con tanto amor, tanta dulzura atrae hacia sí la matriz, que inmediatamente concibe la mujer. Pues la mujer es conducida a tanto amor por él, que ni cuando es desflorada puede igualarse ese amor a este. No deberás temer que ella quiera mezclarse con otro varón, a menos que alguien pueda hacer similarmente con ella.

La temperación de este ungüento se hace de tres modos, y esto tanto más frecuentemente, cuanto es excitada por mayor lujuria. Pues a menudo en la misma obra venérea, mientras el miembro viril se agita dentro del sexo, hirviendo por el mismo movimiento de la lujuria, antes del lanzamiento del semen viril, frecuentemente las mujeres emiten semen.

Segundo, concebido el semen, por demasiado amor fuera de sí misma casi por tres horas continuas, así licuada en amor, como en el mismo punto, cuando el miembro viril infunde el semen en la vulva. Tercero, cuando se deleita con él más allá del décimo concúbito. Usa esta medicina natural con Cleopatra dirigida al concúbito, a quien en adelante poseerás tan seguro, que no gozará del concúbito de ningún otro.

Adiós.

EPÍSTOLA V
DE LA REINA CLEOPATRA
A Q. SORANO

Cleopatra Reina a Sorano. Cuántas acciones de gracias soy deudora a la magnitud de tu bondad, es testigo mi conciencia, que manifiestamente siente de cuánto peligro, cuánta infamia he sido liberada por tu sabiduría. Testigo es también Antonio, a quien, obrando tú ahora, amo únicamente.

Quitada la vergüenza femenina, te abriré mi fragilidad, y como desnuda me expondré toda a ti; pues sé que, aun callando yo, reconoces totalmente la fragilidad femenina, y temperas la causa de mi naturaleza ardiente con tu saludable remedio. Desde los años de la pubertad, desde que vine a los abrazos viriles, y buscaba los gozos de Venus, sentí doble calor. Después fui tan enajenada mujer, que me olvidaba de todos los trabajos y cosas...

Adiós.

EPÍSTOLA VI
DE SORANO
A LA REINA CLEOPATRA

Sobre curar el ardor de la lujuria

Grande es ciertamente, oh Reina, el asunto oculto en muchos tiempos, que postulas que te sea demostrado. Pero porque no es lícito negar nada a tu Excelencia, a quien has decretado que debe ser consultado con sumo honor, te abriré consecuentemente todo lo que has propuesto, tanto del ungüento, como de ciertas otras cosas, no propuestas por ti, que convienen a los usos femeninos privados por serie de tiempos, y por qué autores fue inventado, y también por qué reinas, de qué modo, y en qué orden fueron probadas, bajo esta condición: que precavas que nunca salgan al público, tanto para ti como para tu posteridad.

Sobre la naturaleza de las mujeres, y sus vicios, y curaciones, te tocaré pocas cosas brevemente. Pues te daré los comentarios de Teodoto y otros, tanto de los vicios como de la curación de las mujeres, en los cuales podrás aprender diversos vicios y sus curaciones.

Perfecta la epístola que Antonio me dirigió por ti, de eso comencé a buscar diligentemente, si pudiera encontrar algún remedio probado para ese ardor de lujuria del cual tú trabajabas. Y como, leídos muchos libros y examinados los secretos de la naturaleza, tanto en el género de los animales, como de las piedras, árboles y hierbas, no me ocurría totalmente como quería, finalmente fui instruido por cierto

sacristán de Venus, en su templo, que está situado en la isla de Quíos, que se contenían muchos libros antiquísimos de Apolo, en los cuales luego sospeché que tal vez podría encontrar algo que fuera provechoso para lo que buscaba.

Me animaba a buscarlo, que él mismo fuera descubridor del arte médica, y escrutador muy hábil de la naturaleza. Y luego, emprendiendo el viaje, llegué a la isla de Quíos, y entrando en el adytum del templo, leí todos los libros de Apolo, y de Esculapio su hijo, y de otros, de los cuales había mucha copia, y encontré lo que buscaba, y te diré de memoria lo que se contenía en ellos.

Y primero, que la medicina fue inventada por causa del hombre, y se trata allí de la formación del varón y la mujer. Luego de todos los vicios por los cuales se corrompe la naturaleza humana, y sus remedios. Y puesto que hemos emprendido declararte esa parte, según lo que arriba propusimos, que pertenece propiamente a la naturaleza de la mujer, omitiendo lo demás, damos trabajo a patentizarte esto, que pertenece propiamente a la naturaleza de las mujeres.

Entre la naturaleza del varón y la mujer, el sexo y las cosas que pertenecen al sexo hacen diversidad, y por esto se hacen diversos vicios y diversas curaciones. De ahí debe comenzarse por esa parte donde discrepa.

Y en primer lugar está la matriz, que tanto recibe el semen como fomenta lo concebido, de la cual diversas y fuertes enfermedades nacen en el cuerpo de la mujer. La cual ciertamente principalmente se llama de tres modos: primero matriz, por eso, que las mujeres por su parto se hacen madres.

Consta de dos túnicas. Una exterior, que es más leve y blanca: otra es más dura, nerviosa y pulposa. Con estas cosas contiene en sí todas las cosas, a la cual también se adhieren túnicas tenues, como de membranas y nervios. Está formada como una calabaza medicinal.

Su posición es la que desde la parte inferior de la vulva, extendiéndose entre dos hasta la mano, teniendo sobre sí la vejiga. Sus partes son dos: una se llama orificio, que antes del parto es pulposo y blando, después calloso y espeso: la segunda es el cuello: la tercera es la cerviz de estos, donde se dice la causa del concurso.

Toda esa unidad que está en medio del vientre se llama seno. El seno medio de la mujer consta de membranas nerviosas y del intestino mayor. Dentro es muy espacioso, la fuente estrecha, en la cual se efectúa el coito de los varones y el uso de Venus, que el vulgo llama coño. Cuya fuente o labios en griego se llaman eptirogomata, o pimiacula.

Dentro, lo que desciende de la parte superior en medio, se llama landica, teniendo a menudo movimiento de titilación por la lujuria. Cerca de la cerviz de la matriz en una y otra parte están puestos los testículos, y son redondos, y algo más anchos y delgados que los de los hombres, y escupen semen por conductos, por los cuales las mujeres excluyen semen.

En longitud la matriz tiene onza y media, tres ángulos, cinco agujeros: y de estos unos son por los cuales entra el semen para concebir, otros, por donde se hace la purgación menstrual, y otros, por los cuales, al lanzamiento del semen del varón, los testículos de la mujer emiten contra su semen.

Puesto que, como se ha comprendido de la misma inmisión, el amor de la mujer supera al amor del varón por nueve onzas, por eso todas las mujeres serían impacientes de lujuria, si no fuera que ciertas enfermedades intervienen, las cuales diremos en su lugar. Las cuales abundan más en unas mujeres, menos en otras, según el ardor del cuerpo, o templanza.

También provocan y aprovechan para la lujuria remedios medicinales extrínsecos, por los cuales, como tú misma has experimentado, la naturaleza se vence, y ciertamente por aquel ungüento, por el cual tu naturaleza ha sido templada: y esto tanto más frecuentemente, cuanto son excitadas por mayor lujuria, o en el mismo tiempo venéreo, mientras el miembro viril se agita dentro del sexo, hirviendo por el mismo movimiento de la lujuria, antes del lanzamiento del semen viril, frecuentemente las mujeres emiten semen.

Polvo que use el varón: Hermodáctilos 1 onza, satirión y satureja de cada uno onza y media, raíz de pavaca, pimienta de cada uno 1 onza, con vino haz trociscos de 1 onza. Esto con vino puro como electuario.

Para lo mismo: Piñones 1 libra de cada uno, pimienta 9 onzas, poleo, nepeta, satureja de cada uno media onza, piretro 1 onza, vino o lo que baste.

Ungüento para lo mismo: Manzanilla 5 libras, ruda 1 libra y media, artemisa 3 onzas, abrótano media onza, rábano onza y media. Hierva en aceite, después que han estado podridas allí por tres días, y haga ungüento con cera, y unja al varón desde la rodilla hasta el ombligo, cuando deba yacer.

Dieta que use la mujer: Pan leve hecho de espelta, y verdolagas, lechugas y cincoenrama, con vinagre y poca sal y vino áspero, y todas las carnes y cosas frías. El varón use todas las cosas calientes, pero no las muy calientes. Igualmente la mujer use calabaza, melones: el varón puerros, cebollas, rábanos, perejil, y otras hierbas calientes, y por la tarde no se sature, sino que esté sobrio.

Estas medicinas, convenientes a varones y mujeres, las encontré en los códices de Hipócrates y Esculapio en el templo de Apolo, compuestas por consejo de reinas y reyes, cuyos nombres, como prometimos, diremos más ampliamente en otro lugar en su sitio.

PRIAPEO LXXXIII
Iosepho Scaligero
Traducido del griego en yambos.

¿Qué tienes tú, oh cosa sagrada de Zeus?
Para mí ciertamente no hay ornato más querido que el de las doncellas.
Al alba, cuando la noche se desvanece alrededor,
la aurora estaba allí, pero yo tenía sed, ¡ay de mí!
Levántate y prepara un canto armonioso.
¡Oh príncipe!, tú que en la sombra del bosque
riges con buen éxito la vara bien enderezada,
siéntate y domina con cetro florido el coro.
Tú que tienes tres hojas, a ti te teme el viento del sur
por los gemidos de difícil comprensión y los lamentos sonoros.
Ahora bien, siendo sabio, juzga si te place
el brote de la encina o si la vid florida
adorna con racimos las ramas curvadas.
Ciertamente, pues nada hemos sufrido bien.
Respóndeme a mí y a lo que pregunto delante.
Salve, oh hija de madre desgraciada.
Cuando hayas crecido, hablarás bárbaramente.
Desde aquí grita: te llama el que no tiene nombre.
Cuando llegues, recibe mi vara
y sé justa, pues tú mereces la recompensa.
Ojalá te llegue algún día el favor querido del corazón,
que alivie bien el dolor en el pecho
y dé vueltas al que libera del dolor con cantos melodiosos.
A ti, cuando la doncella amante de la sabiduría
te toque y se entrelace con tu cuerpo,
que se acueste desnuda contigo, la que una vez fue antigua,
que puedas llevar a cabo el homicidio verdaderamente

y que, volviéndose atrás, destroce las suaves caderas
con los miembros peludos de los músculos de tres pliegues.
Está presente para que te hagas muy famoso
y lleves al abismo profundo cabeza abajo.
Que te hagas pesado de corazón y serpiente violenta.
Pero volviendo atrás, ¡ay, desgraciado, desgraciado!,
llenas por cuarta vez el vientre hinchado.
Te harías superior y despreciarías las pasiones,
cayendo en el fango sin límites del abismo.
¿Qué te ha afectado la mente de la cólera?
Ahora cesa de gritar tales cosas.
Cuando aquel se mantenga firme de esta manera,
y el miembro viril te lance hacia los pies sin salida,
permanecerías erguido en el tono solemne de los testículos.
Vamos, que el golpe de tambor constante
tome posesión sin peligro, para que no te canses,
(siendo) dominado por el esperma en el baño sagrado.

PRIAPEO LXXXVII
POR EL MISMO
Traducido del griego en yambos.

Yo, obra de mano de mal artífice,
yo, guardián de huerto estéril,
aquí estoy colocado en este pequeño jardín
del hombre, vigilando su pequeña granja.
Huyo de aquí, y del ladrón que saquea me refugio.
(Para mí ciertamente ha florecido una corona de flores.)
Para mí la corteza ardiente se seca,
y tanto el racimo maduro de laurel como la vid,
y en el mal invierno la protección cruel del fruto.
Para mis pequeños ganados errantes

mucha leche abundante da la cabra de hermosas ubres.
De mis establos bien construidos
el peso abundante en queso lleva la mano,
y el ternero gordo de cuernos puntiagudos
y la piedra afilada del sacrificio doméstico
para los dioses. Por tanto, a este dios, oh extranjero,
tenle respeto. Mantén las manos apartadas.
Tengo preparado el miembro para el castigo.
Pero si vienes aquí de otra manera,
quisiera decir: "¡Bienvenido seas!"
Rústico soy yo. Así pues, corta inmediatamente
alrededor del arma callosa con la mano ardiente.